

LUCE IRIGARAY

Y la una no se mueve sin la otra.*

a giovanna gagliardo.¹

Con tu leche, madre, he bebido el azogue helado.² Y héme aquí ahora con este hielo en el interior. Y ando todavía peor que tú, y me muevo aún menos que tú. Has fluido en mí, y este líquido caliente se ha convertido en un veneno que me paraliza. Mi sangre ya no circula hasta los pies ni las manos ni en lo alto de la cabeza. Se inmoviliza, molesta por el frío. Parada por bloques que se resisten a su flujo. Se queda en el corazón, cerca del corazón.

Y ya no puedo correr hacia lo que amo. Y cuanto más amo, más cautiva me siento, retenida por un entumecimiento que me agarrota en el mismo lugar. Y me enfurezco, me debato, chilló -quiero salir de esta cárcel.

¿Pero qué cárcel? ¿Dónde estoy recluida? No veo nada que me encierre. Es dentro donde estoy a salvo, en mí donde estoy presa. ¿Cómo salir fuera? ¿Y por qué estoy presa en mí?

Me vigilas, me miras.³ Siempre deseas que esté bajo tus ojos para protegerme. Tienes miedo de que me ocurra algo. ¿Temes que ocurra algo? ¿Pero puede ocurrir algo peor que estar tendida así día

*Traducción de M^a Encarna Sanahuja Yll. Publicado con el título *Et l'une ne bouge pas sans l'autre*. París: Les Éditions de Minuit, 1979.

y noche? Ya mayor y siempre en la cuna. Siempre dependiente de alguien que me sostenga, que me alimente. ¿Quién me sostenga? ¿Quién me alimente?...

Entra un poco de luz en mí. Me conmueve un poco dentro. Apenas. Algo nuevo me ha emocionado. Como si hubiera dado un primer paso en el interior. Como si un soplo de aire hubiera penetrado un todo petrificado, despegando su masa. Despertándome de un largo sueño.⁴ De un sueño muy antiguo. Un sueño que no había sido el mío, pero en el que estaba presa. ¿Era un personaje o el todo?, del sueño de otro(a).

Empiezo, o vuelvo a empezar, a respirar. Es extraño. Me quedo muy tranquila, y siento que algo me conmueve. Viene de dentro, se va fuera, vuelve a venir, vuelve a irse. Este movimiento lo hago completamente sola. Nadie me asiste. Tengo una casa dentro, una casa fuera, y me dirijo de la una a la otra, de la otra en la una. Y ya no tengo necesidad de tu vientre, de tus brazos, de tus ojos ni de tus palabras para entrar o salir. Estoy todavía muy cerca de ti, y tan lejos ya. Es de mañana, mi primera mañana. Buenos días. Estas aquí, estoy aquí. Entre nosotras, tanto aire, tanta luz, tanto espacio para compartírnos. Ya no pataleo más. Ahora tengo tiempo.

Amanece. Tengo hambre. Tengo ganas de tener fuerzas para andar. Para correr yo sola cerca o lejos de ti. Para ir hacia lo que amo. Has preparado la comida. Me traes la comida. Me/te das de comer. Pero me/te das demasiado, como si quisieras llenarme totalmente con lo que me traes. Te introduces en mi boca, y me ahogo. Introdúcete menos en mí, y déjame mirarte. Me gustaría verte mientras me alimentas. No perder mis/tus ojos cuando te abro mi boca. Y que también te quedases conmigo cuando te bebo. Continúa estando tan afuera. Mantente/me tan afuera. No te devores, no me devores, en lo que pasa de ti en mí. Desearía tanto que estuviésemos aquí las dos. Que una no desapareciera en la otra o la otra en la una. Que pudiéramos saborearnos, tocarnos, sentirnos, escucharnos, vernos -juntas.

Me parezco a ti, te pareces a mí. Me miro en ti, te miras en mí. Eres

ya mayor, soy todavía pequeña. Pero he salido de ti, y aquí, bajo tus ojos, soy otra tú viviente.

Pero, siempre distraída, te das la vuelta. Furtivamente, verificas en el espejo que aún existes, y vuelves a la cocina. Según lo que diga el reloj, te cambias. Te arreglas según la hora. ¿Qué hora? ¿La hora de qué? ¿La hora para quién? Me gustaría que rompieses este reloj, y que te me mostraras. Y que me miraras. Y que jugáramos a ser iguales y diferentes. Tú y yo intercambiándonos sin fin, y permaneciendo cada una. Espejos vivientes.

Jugaríamos a la pelota, tú y yo. ¿Pero quién vería que, entre nosotras, son imágenes las que van y vienen? Las que tú me das, las que yo te doy, sin cesar. Y que no necesitamos tirarnos y volvernos a tirar un objeto para que esto suceda. Te lanzo una imagen, me la devuelves, la vuelves a coger...

Te vuelves a coger, y me vuelves a lanzar: ¿quieres miel? Es la hora de comer. Hay que alimentarte para ser mayor.

Te has marchado otra vez. Otra vez asimilada al alimento. Hemos desaparecido otra vez en el comer (se). Apenas te entreveo y ando hacia ti, te ocultas en una alimentadora. Todavía quieres llenarme la boca, el vientre. Hacerte abundancia de boca y de vientre. Que nada pase entre nosotras más que sangre, leche, miel, y carne (pero la carne, no, no te quiero ya muerta en mí).

¿No habrá nunca entre nosotras otro amor que este relleno de agujeros? Cerrar-volver a cerrar indefinidamente todo lo que podría tener lugar entre nosotras, ¿es tu único deseo? Reducirnos a consumir-ser consumidas, ¿tu única necesidad?

No quiero más este cuerpo lleno obturado inmovilizado. No, quiero aire. Y si tu me relacionas una y otra vez con la ciega asimilación de ti -¿pero quién, tú?-, si tú apartas de mí tu rostro, dándote a mí únicamente bajo una forma ya inanimada, y abandonándome a los hombres competentes para deshacerme de mi/tu parálisis, me giro hacia mi padre. Te dejo por quien me parece más vivo que tú. Por quien no me prepara nada para comer. Por quien me deja vacía de

él, con la boca abierta ante su verdad. Le sigo con la mirada, escucho lo que dice, intento andar detrás de él...

Sale de casa, voy tras él. Adios, madre. Jamás me haré a tu imagen.

Hago gimnasia. Practico técnicas corporales apropiadas para mi mal. Me convertiré en una sabia mecánica. Me agito sin emocionarme. Avanzo y me muevo al ritmo prescrito para curarme. Mis gestos, mis impulsos, mis danzas, no serán de amor sino de voluntad. Cada hora del día me ve aplicándome para someterme a los ejercicios ordenados por los médicos. Obedezco rigurosamente a lo que conocen de mí. Les presto toda mi atención, toda mi energía. Seré la demostración viviente de la exactitud de sus principios. Animada, o reanimada, por su razón.

Observa, desde lejos, cómo ahora me desplazo con tino, antes agarrotada en la cólera. ¿No me porto bien? ¿No soy casi una jovencita modelo? Sólo me faltan algunos vestidos, algunas joyas, algún maquillaje, algún disfraz, algunas maneras de estar o de hacer, para parecerlo. Empiezo a tener el aire que se espera de mí. Un esfuerzo más, una cólera más contra ti que quieres que siga siendo pequeña, que prefieres que coma lo que me traes más que me vista como tú, y saldré de tu sueño. De mi enfermedad. De ti en mí, de mí en ti. Me iré fuera de nosotras. Iré a otra casa. Viviré mi vida, mi historia.

Mira, qué bien estoy ahora. No necesito ni tan sólo correr tras un hombre, es él quien viene hacia mí. Se acerca. Lo espero, inmóvil, sin moverme. Está muy cerca. Estoy paralizada de emoción. Mi sangre no circula muy bien. Apenas respiro. Me voy.

No puedo decirte a dónde. Olvídame, madre mía. Olvídate en mí, olvídame en ti. Olvidémonos. La vida continúa...



Te miras en el espejo. Y tu madre se encuentra ya en él. Y pronto tu hija madre. Entre las dos, ¿quién eres tú? ¿Dónde encontrar-reencontrar tu lugar? ¿En qué marco debes sostenerte? ¿Y cómo conse-

guir que tu rostro trasluzca en él, más alla de toda máscara?
Es de noche. Y, como estás sola, como ya no tienes más imagen que soportar o imponer, te desvistes de tus alardes. Te quitas tu cara de hija de madre, de madre de hija. Pierdes el azogue. Te deshielas. Te derrites. Fluyes fuera de ti.

Pero no hay nadie para recogerte, y nada contiene este derrame. Antes de que el día termine ya no serás, si esta hemorragia continua. Apenas un recuerdo fotográfico como huella de tu paso entre tu madre y tu hija. Y, quizás, nada. Tu función se queda sin rostro. Alimentar tiene lugar antes que cualquier figura. Sólo una escansión: el tiempo en que una se convierte en la otra. Consumo antes que cualquier visión de quien se da. Desaparecida antes que percibida. Imperceptible, si no es en el flujo que llena hasta el borde. Que entra a la otra en el continente de su piel. Que penetra y ocupa hasta no dejar ningún espacio ni a la una ni a la otra. Únicamente este líquido que parte de una y llega en la otra, y que no tiene nombre.

Nadie, esta noche, para agarrarte a ella, madre. Nadie para tener sed de ti, y recibirta en ella. Nadie para abrir sus labios y dejarte fluir en ella, y mantenerte así viva. Nadie para acompañar el tiempo de tu existencia. Para llamar en ti la subida del paso fuera de ti. Para decirte: ven y quédate más rato aquí. No permanezcas entre el azogue helado y esta pérdida de ti sin fin. La una separada de la otra. A una faltándole la otra. Dos muertas separadas la una de la otra, y sin vínculo entre ambas. La que miras cortada de la que alimenta. Y, como me he marchado, privada del lugar donde te aparecía la prueba de tu subsistencia.

Al menos eso creías tú. Y, despojándote del azogue helado en mí, ¿no me abrevaste tu parálisis? Y, no habiendo nunca conocido tu rostro, ¿no me alimentaste de inánime? En tu sangre, en tu leche, fluían espejismos desérticos. Se mezclaba, aún fluido, lo que sería el hielo de todo intercambio. Lo imposible entre nosotras. Yo transformada, a la fuerza, en lo inhabitable de tus imágenes. Tú ansiosa de que yo creciera, anduviera, corriera, para vencer tu lisiadura.

Para que tu cuerpo se moviera al ritmo de tu deseo de verte vivir, me encerraste en tu falta de mirada sobre ti. En la ausencia de un amor suscitando o acompañando la movilidad de tus rasgos, de tus gestos. Me has deseado, tal ha sido este amor de ti. Agarrotada en esta envidia de tu espectáculo, estaba petrificada en la representación de tu dependencia.

En el sitio donde querías que se te mirara, no habías recibido más que transparencia o inercia. Aire indefiniblemente vacío de toda reflexión de ti, o cuerpo deshabitado de su propio conocimiento. Podías atravesar, una y otra vez, cualquier paisaje y horizonte sin encontrarte nunca. O tropezar con esta cosa que eres y que tú me has hecho, obstaculizando tu/mi andar. Opacidad que oculta cualquier paso a la luz.

¿Quién eres tú? ¿Quién soy yo? ¿Quién responde de nuestra presencia en esta translucidez o este ciego obstáculo? Y si me voy, no te encuentras más. ¿No era yo el poso que garantizaba tu desaparición? ¿La substituta de tu ausencia? La guardiana de tu inexistencia? La que te aseguraba poder reunirse siempre contigo. Tenerte, a todas horas, entre tus brazos. Mantenerte viva. Alimentarte indefinidamente para intentar subsistir. Darte una y otra vez sangre y leche y miel (tu carne no la quería) para intentar ponerte de nuevo en el mundo.

Nadie, esta noche, tan grande es la espera de ti. Avanzas hacia un sin futuro. Nadie en quien acordarte del sueño de ti misma. La casa, el jardín, cualquier lugar están vacíos de ti. Te buscas por todas partes en vano. Nada bajo tus ojos, tus manos, tu piel, que te recuerde a ti. Que te permita volverte a ver en otra tú misma. Que te arrastre a vaciarte aún más en mi cuerpo para entretener la memoria de ti. Para alimentar la apariencia de ti misma. No, madre, me he ido.

Pero, ¿te he conocido alguna vez de otro modo que alejada? Y, en mí, no estaba el hogar de tu desaparición. Cuando te derramabas en mí, ya no estabas aquí. Ya estabas presa en otra parte. Ya habías

entrado en otra mirada. Desplazándote, ya, en un mundo al que yo no tenía acceso. Y no recibiendo de ti más que el olvido de ti. Y velando por el olvido del olvido, mientras estaba allí. Cuánto redoblabas, mi sensible parecer, la falta de tu presencia.

Pero el olvido se recuerda cuando su memorial desaparece. Y héte aquí, esta noche, ante un duelo sin memoria. Investida de un vacío que no evoca ningún recuerdo. Que grita ante el regreso de su único eco. Materialidad ocupando un ausencia que escapa de su captura. Bloque que sellaba el muro de tu cárcel. Sosténimiento de posible futuro que, arrebatado, deja que el todo se derrumbe indefinidamente.

¿Dónde estás? ¿Dónde estoy? ¿Dónde encontrar la huella de nuestro paso? ¿De la una a la otra? ¿De la una en la otra?

Bajas, vuelves a bajar, sola, bajo tierra. Bajo el suelo donde parecía que andábamos. La una, la otra. La una o la otra. Abandonas tu firmeza, tu rectitud. Tus pasos, tus gestos fijados por la decisión al hilo de la soledad. Vuelves de nuevo a este antro del que habías perdido el acceso. En esta caverna de la que habías olvidado el camino. En este agujero de memoria donde había huido el silencio de mi nacimiento de ti. De mi separación, incercenable de contigo. En lo oscuro de tu concepción de mí.

¿Qué ha pasado en la noche de tu vientre para que tú no supieras que yo era? ¿Quién era la una, quién era la otra? ¿Qué sombra o qué claridad se agrandaba en ti cuando me llevabas? ¿Y no te irradiabas de luz cuando yo permanecía cosa retenida en el horizonte de tu cuerpo? ¿Y no te ajabas cuando tomaba raíces de tu suelo? Flor abandonada a su crecimiento. Para contemplar, sin intentar forzosamente verse en ella. Eclosión no sometida a un modelo. Eflorescencia que no obedece a ningún contorno ya ofrecido. Esbozo que, indefinidamente, se modifica según la hora. Abierto al movimiento de su devenir. Girando, desviándose, dando vueltas de nuevo según lo que le atrae o lo empuja hacia el destello del aparecer o lo retiene cerca de lo escondido de su primera irrigación. Desplegándose en un aire todavía libre de imágenes. Extasiándose a su ritmo y compás, y no bajo la coacción de una mirada que busca su misterio.

Dilatado en el cerco de una visión perdida. Apretado en el contorno ciego de una pregunta sin respuesta.

¿No era yo tu asistente previsible? El perfil de ti que otro te habría robado. La piel que otro te habría quitado. Errante en mal de identidad. Descargando sobre mí esta divagación sin fin y, a cada paso, desgarradora. Deteniendo, en mí, tu destino de desconocida. Las películas todavía y siempre negativas de tu llegada hasta ti/mí. He aquí la que seré, o la que era, o la que querría ser -¿no era ésta tu llamada a mi nacimiento? ¿Qué me quedaba como espacio para venir al mundo? ¿Donde empezar mi parto fuera de ti? Me retenías fuera de ti estando aún en ti.

Con tu leche, madre, me has dado el azogue helado. Y, si me voy, pierdes la imagen de la vida, de tu vida. Y si me quedo, ¿no soy la garantía de tu muerte? Cada una carece de su propia representación. Le falta su rostro, el movimiento de su cuerpo. Y la una lleva el duelo de la otra. Mi parálisis significa tu raptó en el espejo.

Y, cuando me voy, ¿no se trata de la perpetuación de tu exilio? ¿Desmayada, cuando me toca a mí? Cautiva, yo también, de la mirada en la que un hombre me ha prendido. Arrebatada de mí misma. Inmovilizada en el reflejo que él espera de mí. Reducida al rostro que me labra para mirarse en él. Viajando al capricho de sus sueños y de sus espejismos. Anclada en una función -la maternidad.



¿Es que no te has dejado tocar por mí? ¿Es que no he sostenido tu cara entre mis manos? He aprendido tanto tu cuerpo. Viviendo su volumen. Sintiendo el lugar de su paso -también entre tú y yo. Haciendo de tu mirada materia de aire que me habita y me cobija de nuestro parecido. De tu/mi boca, horizonte nunca cerrado. En ti/mí y fuera de ti/mí, vestida o desvestida según nuestro sexo. A la medida de nuestra piel. Ni demasiado grande ni demasiado pequeña. Ni abierta ni suturada. Entreabiertas, sin desgarrón.

¿Y por qué me sería impuesta otra herida? ¿No tenía ya mis/tus labios? Y este cuerpo que da acceso a lo que jamás hubiéramos terminado de darnos. De decirnos. Este fallo de silencio en el que volver a envolvernos sin cesar para renacer. En el que experimentar-nos para, una y otra vez, convertirnos en mujeres, y madres.

Pero, nunca nos hemos hablado. Y ahora tal abismo nos separa que sólo salgo de ti entera pero indefinidamente retenida en tu vientre. Sepultada en la sombra. Cautivas de nuestro precinto.

Y la una no se mueve sin la otra. Pero sólo juntas nos movemos. Cuando una viene al mundo, la otra cae bajo tierra. Cuando una lleva la vida, la otra muere. Y lo que esperaba de ti, es que, dejándome nacer, permanecieras también viva.

notas:

1- La versión original fue dedicada a Giovanna Gagliardo, una cineasta italiana que le pidió a Luce Irigaray que escribiera un texto para el guión de una película suya.

Quisiera recalcar también que Irigaray fuerza de manera voluntaria su propia lengua hasta llegar incluso a la transgresión gramatical. En este sentido, he respetado la voluntad de Luce, de ahí la existencia de algunos "errores" deliberados en castellano.

2- En francés Irigaray juega con las dos acepciones de la palabra *glace* (hielo y espejo). La propia autora me sugirió cuándo era necesario utilizar el término hielo, espejo o los dos conceptos a la vez (azogue helado).

3- La imagen pierde fuerza en castellano, ya que la palabra *regarder* está compuesta del prefijo *re* y del verbo *garder* (guardar, vigilar).

4- En castellano la palabra sueño equivale a las tres acepciones francesas empleadas por Irigaray: *sommeil*, *rêve* y *songe*.